



Pérez, Germán

Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996, 176 páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Pérez, G. (1996). Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996, 176 páginas. *Revista de ciencias sociales*, (5), 149-151. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1443>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Jacques Rancière,
El desacuerdo. Política y
filosofía.

Buenos Aires, Nueva Visión, 1996,
 176 páginas.

Acaso la política no reconozca ni objetos ni sujetos que le sean propios. Quizás sólo pueda ser pensable como la forma de la imposibilidad de sí misma en tanto evidencia de la verdad del orden revelado o consensualmente instituido. Tal vez persista neclamente en la distorsión que impide su consumación como *sociabilidad plena y transparente* en la forma de una comunidad que ha abolido la distancia simbólica que la separa de sí misma. Espectralidad, lógica de lo indecible y dislocación, institución del litigio y distorsión; todas estas formas de designar, en el horizonte de lo que se ha dado en llamar nuestra "condición posmoderna", a la política como el acontecimiento subversivo que manifiesta con su aparición la contingencia radical de todo orden social y la inestabilidad ontológica de toda identidad colectiva. Es en esta tradición del pensamiento político contemporáneo que se inscribe el aporte de Rancière, y es desde esta concepción de la política como forma y acontecimiento desde donde dispara sus críticas contra la *filosofía política clásica y moderna*. Si asistimos a una situación en la cual la política parece haber

entrado en la apariencia de su ausencia, la apuesta de Rancière se orienta a recuperarla como fenómeno pensable, más que en la hermenéutica de un concepto, en su operatividad como acontecimiento.

Entender la política como acontecimiento es liberarla de la tiranía del sentido cifrado en una filosofía de la historia, así como emanciparla de su carácter derivado y "superestructural". El acontecimiento es la intervención que detiene la mera sucesión de los hechos y reclama una *interpretación*. Es la instancia que instituye el conflicto y da origen al desacuerdo. Y el desacuerdo constituye la forma misma del conflicto político al establecerse como una situación de habla en la cual la discusión sobre lo que quiere decir hablar, sobre la autoridad que habilita y el nombre que define una identidad, constituye la racionalidad misma de la interacción. La política aparece como la permanente disputa por circunscribir los márgenes del logos que autoriza la palabra pública al definir una relación —una "cuenta", dice Rancière sin disimular la *influencia de la obra de Alain Badiou* sobre sus argumentos— entre las partes de la comunidad. La palabra por la cual hay política es la que no cesa de medir y exhibir como un escándalo la distancia misma de la palabra y de su cuenta al introducir el

significante vacío de la igualdad que pone en litigio la deducción-derivación de la capacidad de un ser parlante cualquiera del orden pre-político del ser, el hacer y el decir que establece el logos comunitario. Cuando la distorsión que imposibilita la transparencia en la autorrepresentación de la comunidad queda abolida, cuando el hiato entre la palabra y su cuenta se clausura, la distorsión deviene proporción y la política cede frente a la ilusión de una configuración acabada del espacio comunitario que Rancière no duda en denominar policía.

Ni proporción geométrica de las partes de la comunidad, como no han cesado de representarse al escándalo de la política la filosofía de la conciencia y las ciencias sociales, ni cálculo aritmético y agregación de los intereses conmensurables, como la han pensado la economía política y el utilitarismo. La política entendida como el acontecimiento que asume la forma de la distorsión al afirmar la equivalencia de los seres parlantes frente a la cuenta logocéntrica de la comunidad; se descubre como la instancia que subvierte todo imaginario filosófico que la devuelva a la lejana presencia del origen o a la tozuda persistencia de un fundamento. No es que una teoría política del acontecimiento resulte necesariamente filosófica, sólo que, para expandir sus horizontes analíticos, se enfrenta al desafío de

subvertir políticamente la herencia de la gran tradición de la filosofía política de la cual participa, modulando sus contenidos en un registro pos-metafísico. En una recorrida desapareja en lo que respecta al tratamiento filosófico de los autores que abarca desde Platón a Habermas –resultan particularmente débiles las referencias a Hobbes, que parece quedar reducido a su expresión más vulgar– Rancière sostiene con éxito la hipótesis según la cual la gran dificultad de la filosofía política consiste en su incapacidad para descubrir alguna transitividad necesaria entre la esencia del lazo social comunitario y su representación soberana. Su tarea ha sido siempre la de producir una serie de metáforas comprensivas capaces de sustituir aquel hiato que es lo propio de la política. La ficción de que existe siempre una medida, una cuenta, que logra atenzar a la política y disolverla en su propia realización como comunidad inmediata, transparente y conmensurable. El mentado retorno de la filosofía política merece ser celebrado sólo en la medida en que se constate su voluntad de deconstruir las viejas formas de representarnos lo propio de la política; y no se limite a un mero discurso que asegure la complementariedad entre las grandes doctrinas clásicas y las formas de legitimación ordinaria de los regímenes liberal-democráticos contemporáneos.

Lo más interesante del libro de Rancière es su apuesta al riesgo de reencontrar a la política en las figuras de la subversión y el corte que abren el mundo a una nueva interpretación. Su máximo esfuerzo está dirigido a liberar a la política de la prescripción del lazo comunitario –el logos cuenta común– y, consecuentemente, rescatar al pensamiento sobre la política de su contemporánea constricción a esa ingeniería del poder público a la que llamamos gobierno. Como Žižek o Derrida, también Rancière reconoce en la obra de Marx al primer pensador

de la política que logra formular su carácter de síntoma, descubrir el momento de la política como aquella intervención a través de la cual lo social hace la prueba de su inefable contingencia. Es en ese régimen de irrupción del síntoma donde el acontecimiento encarna un real que atraviesa transversalmente el atolladero de todo orden concebible y representado. Ese es el instante en el cual la política se revela como fenómeno pensable en sus propios términos.

Germán Pérez

Pierre Rosanvallon,
La nueva cuestión social.
Repensar el Estado providencia,
Buenos Aires, Manantial, 1995,
215 páginas.

En la década del noventa la crisis del *estado providencia* ingresa en una fase nueva de orden filosófico, debida a que los fundamentos mismos del estado como vehículo de cohesión social se resquebrajan. Asentados sobre los conceptos de solidaridad y derechos sociales, tales fundamentos deben hoy ser replanteados en el marco de una sociedad más compleja. En este sentido, la obra de Pierre

Rosanvallon *La nueva cuestión social* alude a las nuevas dimensiones que el análisis social debe abordar en el contexto de este nuevo paisaje social, donde las categorías de clase o grupo ya no son funcionales frente a la aparición de la problemática de la exclusión y la flexibilización de las relaciones salariales.

Reinventar el *estado providencia* bajo la óptica del nuevo paisaje social es el objetivo del autor, quien lo aborda desde una perspectiva que involucra dos problemas centrales: por un lado la desintegración de los principios organizadores de la solidaridad y,